GALERIA DRAMÁTICA SALESIANA



Ver la paja en ojo ajeno

[372:8]

GALERIA DRAMATICA SALESIANA

HOMBRES NUM. 151

VER LA PAJA EN EL OJO AJENO...

JUGUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Gerardo Vallejo y Asenjo

TERCERA EDICION



TELEFONO 1317

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

PAMPLONA

PERSONAJES:

D. SENEN.
D. ZENON (hermano del anterior).
ROQUE (hijo de Senén).
SIMON (hijo de Zenón).
D. AGAPITO.
UN CRIADO.

EPOCA ACTUAL

La acción en cualquier parte.





ACTO UNICO

Sala bien amueblada; puertas en el foro, a la derecha y a la izquierda; la primera es la de entrada, la segunda conduce a las habitaciones de don Zenón y la tercera a las de don Senén.

ESCENA PRIMERA

D. ZENON enseña una carta a su hermano y exclama lleno de satisfacción:

D. Zen. ¡Vea usted, caballerito!
D. Sen. ¡Qué he de ver, hombre de Dios!
D. Zen. ¡Está más claro que el agua!
D. Sen. ¡Es una equivocación!
D. Zen. ¡Qué ha de ser! ¿No dice «Roque»?..
¿Y no le acusan deudor
de veinticinco pesetas
que el angelito pidió?
¿Y no estaba la cartita
escondida en el cajón
entre las hojas del libro
de Metafísica? ¿No?
Dime ahora que esto no prueba,

como una y una son dos,
que el niño sabio, el juicioso,
el modelo de candor,
el que se pasa las horas
en un trabajo feroz,
sabe pedir dinero
prestado a tu nombre.
D. Sen. ¡Horror!
D. Zen. Y mientras tú te figuras
que ha ido a clase o al sermón,
él andará haciendo el... cisne,
por nó decir algo peor.
D. Sen. Mira, hermano, te aseguro
que es una equivocación.
D. Zen. ¿Pero es posibie? ¿Es posible
que no te convenzas?
D. Sen. ¡Oh!
Yo no puedo convencerme
de que él me engañe; un error
debe haber en la escritura;
otro quizá lo escribió
y por broma lo ha metido
en el libro.
D. Zen. La pasión
te hace creer que tu hijo
es un santo.

D. Sen. Por favor,
no me hagas ver imposibles,
le conozco y...

D. Zen. (*Enseñándole la carta.*)
Léelo...,
si es que tienes en la cara
ojos para verlo.

D. Sen. Con
seguridad que el tuyo
ha sido el que...

D. Zen. ¡Ya salió!
¡Siempre el mío; el mío es siempre
el que obra mal! ¡Es atroz
la pasión con que les juzgas!
Siempre el tuyo es el mejor.
Pues has de saber que mi hijo,
¡lo juro, no es ilusión!,
nunca falta a sus deberes,
¡nunca falta, no, señor!
Puedo estar, por esa parte,
tranquilo, gracias a Dios.

D. Sen. No digas, porque es un títere.

D. Zen. Y el tuyo un hipocritón.

D. Sen. Y un travieso de mil diablos.

D. Zen. Y el tuyo un adulador
y un tonto...

D. Sen. ¿Sabes lo que hablas?
¿O has perdido la razón?
¿No estudia y es un buen músico?

D. Zen. ¿No es el mío un buen pintor?

D. Sen. ¡Qué ha de ser!

D. Zen. ¿Hay quien lo dude?

D. Sen. ¡Quien lo ve!

D. Zen. No alces la voz,
que el tuyo es un mal murguista,
que en cogiendo el acordeón
desafina de tal modo,
de manera tan feroz,
que no queda rata viva
dos leguas alrededor.

D. Sen. Y el tuyo es un pintamonas,
echando cada borrón
que parece que los gatos
han hecho allí... ¡qué sé yo!

D. Zen. ¡Senén, que no me convences!

D. Sen. ¡Tú a mí tampoco, Zenón!
(*Vanse uno por cada lado.*)

ESCENA II

ROQUE, aparece muy sofocado y con unos libros debajo del brazo.

Gracias a Dios que he llegado;
creí que me retrasaba.
Es claro, el paseo estaba
tan bello, tan animado...
Pues señor, que yo salí
de casa tranquilamente
para ir, como es consiguiente,
a la cátedra... y no fuí.
¿Que por qué? Pues muy sencillo:
apenas pisé la acera,
vi allá, en la celeste esfera,
al sol radiante de brillo.
¡Qué alegre, que hermoso estaba
con su cabello dorado
y con el rostro inflamado!...
¡Con qué atención me miraba!...
Aún parece que lo veo
entre luz, gloria del día...
Si parece que decía:
«Roque, vete de paseo».
Y yo, que soy obediente,

y sumiso y resignado,
dije: «¿El sol me lo ha ordenado?
Pues voy inmediatamente.
Que al fin más es de razón
gozar del limpio reflejo
que oír a un profesor viejo
que suele ser un moscón».
(*Imita con la acción lo que va diciendo.*)
Di una vuelta a la derecha,
más tarde otra al otro lado,
y crucé la plaza, el prado,
y la calle ancha y la estrecha;
y dulces, encantadoras,
las horas iban pasando,
y yo, andando... andando... andando...
dejaba pasar las horas.
Hasta que oigo de repente
que allá, en la torre lejana,
¡tan!... ¡tan!... suena la campana.
¡Zambomba! Reloj, detente,
puede que mi padre aguarde;
no debo hacerle esperar,
porque se puede escamar
si es que ve que llego tarde
Y el aliento conteniendo...

y sudoroso... y rendido...
aquí estoy... porque he venido...
porque he venido corriendo.

ESCENA III

ROQUE y D. SENEN.

Roque. ¡Mi padre!
D. Sen. ¿Cómo has tardado
tanto?
Roque. Salí hace un instante
de clase.
D. Sen. ¡Buen estudiante!
Pero estás muy sofocado.
Roque. Es que he venido ligero
para no hacerme esperar.
D. Sen. ¡Mal hecho! Vas a enfermar
si te excitas, y no quiero
que enfermes. Sé, sí, estudioso,
porque eso está muy bien hecho,
mas no tomes tan a pecho
las cosas. Ten más reposo.
Siéntate aquí a descansar
(*Se sientan los dos.*)
y escucha, voy a hablarte.

No es mi intento regañarte,
pero tenemos que hablar.
No te vayas a afligir
por esto que yo te digo;
mírame como a un amigo;
tan sólo.

Roque. ¿Que irá a decir?

D.ª Sen. Tu tío, hombre original,
te tiene entre ceja y ceja,
y alguna vez me aconseja
que no te eduque tan mal.
Nunca le hago caso yo,
porque sé que eres honrado,
pero hoy un papel ha hallado
en tus libros...

Roque. (¡Lo encontró!)

D. Sen. Y con salvaje alegría
me lo enseñaba después
diciendo: «¿Lo ves? ¿Lo ves?
Si yo bien te decía.
Dinero pide prestado.
De tu nombre se ha valido.
¿Ves?... ¡Si tu hijo es un bandido!
¿Ves?... ¡Si tu hijo es un malvado!»
Pero ahora precisamente
acabo yo de encontrar

algo con que demostrar
que el suyo no es inocente.
El padre ve a su hijo indómito
y tiene envidia de tí;
encontró la carta, y... dí:
¿Es tuya?

Roque (*Cómicamente y fingiendo gran sorpresa*)
¡Yo estoy atónito!
Si una persona formal
como usted no lo dijera,
en verdad que me creyera
que algún espectro infernal,
o las brujas o algún duende,
en mi cuarto penetraban
y mis libros hojeaban...
En fin, cualquiera lo entiende.
¡Pedir yo a nadie dinero! *(Hace que llora.)*
¡Qué había yo de pedir!

D. Sen. (Roque no sabe mentir.)
No te alteres, que te quiero;
tú no eres capaz de hacer
tal cosa...

Roque ¡Calumniadores¡ *(Llorando.)*

D. Sen. No te entristezcas, no llores.

Roque ¡Ay, yo voy a enloquecer!
¡Vive Dios!...
D. Sen. ¡Vaya un apuro!
¡Si se me irá a poner malo!...

ESCENA IV

D. ZENON, D. SENEN y ROQUE.

D. Zen. *(Con ironía.)*
Senén... ¿Pedías un palo?
D. Sen. Para darte a tí, hombre duro,
que con tu severidad,
a mi hijo, que es inocente,
y no pidió...
D. Zen. Tu hijo misnte.
D. Sen. Mi hijo dice la verdad.
Roque (¿Cómo saldré yo del paso?)
D. Sen. ¿No acabo de preguntarte?... *A Roque.*
D. Zen. ¿Y qué va él a contestarte?
D. Sen. Vete, hijo, no le hagas caso.
D. Zen. ¡Buena educación le das!
D. Sen. Vete, hijo...
Roque *(Marchándose.)*
¡Vaya un sermón!

¡Si mira más el cajón!
¡Porque allí hay tres cartas más!
(Vase.)

ESCENA V.

D. SENEN y D. ZENON.

D. Sen. Y ahora vengamos a cuentas:
Tú a mi hijo le has acusado
y no he de estar yo callado.
Prepárate ya.
D. Zen. ¿Qué intentas?
D.Sen. Demostrar, ya que me apuras,
que tu hijo, aunque no lo sabes,
tiene de esos bultos graves
que tú en los demás censuras.
No te creas que me es grato
decírtelo. No quería
hacerlo, porque sabía
que ibas a pasar mal rato.
Pero, hermano, necesito
volver por la buena fama
de mi hijo. El tuyo en la cama
tenía esto escondidito
(Enseña un papel.)

Tú al mío le has acusado,
y yo acabo de encontrar
algo con que he de probar
que el tuyo es aprovechado.
Mira, ¿ves este papel
del que yo me he hecho dueño?
Pues... papeleta es de empeño,
como puedes ver en él.
¿Ves? Aquí dice «Simón»,
como el agua está de claro.
¿Qué me contestas?...

D. Zen. ¡Que es raro,
que es una equivocación!

D. Sen. ¡Qué ha de ser! Que te engañara,
nunca quisiste creerlo.
¡Míralo... si para verlo
tienes ojos en la cara!
¿Qué dices?

D. Zen. Que hay un error
en creer que él ha empeñado...
Eso es... que otro le ha rogado,
y él, por hacer un favor...
Quizá el tuyo armó este lío...;
dinero necesitaba,
y dijo al...

D. Sen. ¡Si lo esperaba!

¡Siempre el mío, siempre el mío!
D. Zen. ¡Que te ciega la pasión!
D. Sen. ¡Que te ciega a tí también!
D. Zen. ¡No me convences, Senén!
D. Sen. ¡Tú a mí tampoco, Zenón! *(Vanse.)*

ESCENA VI

D. ZENON.

Pero qué manía tiene
de que mi hijo es un perverso
y el suyo un santo. Se pone
tan pesado, tan molesto,
que ya carga. Es peregrino
lo que cuenta. No comprendo
que se ciegue hasta ese punto.
Dice que no me convenzo.
¡Natural! ¡Tengo yo un ojo!...
¡Tengo yo un ojo para esto...
que no es fácil que me engañen!
No así a él, que parece memo,
y deja que se la peguen
como a un chino. ¡Ah, terco, terco!...
¡Qué locura y qué ceguera!
¡Si lo veo no lo creo!

ESCENA VII

D. ZENON y SIMON.

Simón (*Aparece en la puerta del foro cantando alegremente.*)
¿Qué hay padre?
D. Zen. Hola, hijo mío.
Veo que vienes contento.
Simón ¿Y por qué he de venir triste
si no hay motivo para eso?
D. Zen. Más vale así, hijo, más vale.
En verdad que lo celebro.
Dichoso tú que te libras
de los disgustos tan serios
que a mí me hacen sufrir tanto;
porque...
Simón ¿Qué ocurre, qué es ello?
D. Zen. ¿Qué?... pues la pícara envidia.
¿Que?... pues los malditos celos
de tu tío, que se altera
porque Roque vale menos
que tú, y ansiando vengarse
quiere armar estos enredos,
para que yo me disgute
y te reprenda.

Simón ¡Perverso!

D. Zen. Sí, hijo, sí; no cabe duda.
Hace un instante, creyendo
haberte cogido en falta,
me enseñaba satisfecho
un papeluco, y decía
que es papeleta de empeño
de yo no sé cuántas cosas
que tú has...

Simón (*Muy irritado.*) ¡Esto es estupendo!
¿Es posible que eso diga
mi tío?

D. Zen. Yo no lo creo;
pero él...

Simón ¿Adónde se encuentra?
¿Dónde se halla? ¡vive el cielo!
¡Que va arder el mundo en pompa!
¡Uff!... tengo yo poco genio
para que nadie me irrite...
(*Gritando.*)
¿Dónde se halla? ¡quiero verlo !
¡Indigno! ¡Hacerme esa ofensa!...
Cuanbo le vea le reto,
le insulto, le ahogo, le escupo,
le araño, le pisoteo,
le trituro, le deshago,

le asesino, le... le...

D. Zen. Pero,
hijo mío, no te alteres.
¡Si yo no hago caso de eso!
¡Si sé que es envidia!...

Simón ¿Envidia?
¡Ah, pero yo no tolero
que se me calumnie! ¡Infames!
¡Quieren salpicar de cieno
mi honor, mi honra, mi fama,
mi prestigio; ¡a mí, que tengo
una conciencia más pura
y más limpia que un espejo!

D. Zen. Si ya lo sé, hijo de mi alma,
si tú sabes que no creo
lo que él dice; no hagas caso,
no te alteres; el desprecio
es lo mejor. Oigo pasos;
será él.

Simón ¿Qué? (¡Vaya un aprieto!)

D. Zen. Pero no le digas nada.

Simón ¿Que no?

D. Zen. Hijo, yo te lo ruego,
que me matas de un disgusto.
Resígnate.

Simón ¡Uff!... me contengo

por ahorrar a usted pesares,
pero un sacrificio inmenso
me cuesta.

D. Zen. ¡Paciencia, hijito!

Simón ¡Uff!... ¡Uff!...

D. Zen. ¡Paciencia, silencio!

ESCENA VIII

D. SENEN, SIMON y D. ZENON

D. Sen. (*Entrando.*)
¿Pedías las disciplinas
para darle un vapuleo?

D. Zen. ¡Senén, no quiero disgustos!
(*Aparte a Simón.*)
Hijo mío, tu eres bueno,
no digas una palabra.

Simón ¡Uff!... por usted le respeto.

D. Sen. ¿Conque no quieres disgustos?
¡Vaya, vaya! Lo celebro.
En cambio gozas en dárselos
a tu hermano, que es muy cuerdo.
Cuando se trata de Roque
entonces todo es...

D. Zen. Te dejo.

Nada, no quiero escucharte,
que me desazono y luego [cuches,
caigo en cama. (*A Simón.*) No le es-
no hay que hacer caso de cuentos.
(*Vase.*)

ESCENA IX

DON SENEN y SIMON; éste, parado de espaldas a su tío y con la cabeza baja, se hace el desentendido.

Simón (¿Qué me irá a decir mi tío?)
D. Sen. Buenas tardes, caballero.
Simón (¿Si me irá a dar un trompazo?
Tendría de que ver.)
D. Sen. ¿No es cierto
lo que yo he dicho a tu padre?
¿Canallas?... ¿Conque esas tenemos?
Pero a mí no me la pegas.
¡Valiente pillo estás hecho!
¿No había para matarte?...
¿Que dices?
Simón (Me doy por muerto.)
D. Sen. ¡Si hubieses dado conmigo!...
¡Ah, qué padres hay más ciegos!
(*Vase*)

ESCENA X

SIMON.

De buena he librado, buena;
halló la papeletita.
Mas, ¿cómo halló una solita
si hay cerca de una docena?
Qué afán que tiene mi tío
de estarme siempre acusando.
¿Qué irá con ello ganando?
¿Para qué armar este lío?
Fácil es que se equivoque
en su empeño singular
de quererme a mi educar
en vez de educar a Roque.
Es muy desinteresado
este sistema y muy bueno...;
no se educa al hijo ajeno
y el propio está abandonado.
¡Vaya, hombre, es cosa fuerte!
si un chico sale un perdido,
es... que otros le han pervertido.
El nunca es el que pervierte.
Los padres, de varios modos
lo dicen todos los días.
«¡Oh..., las malas compañías!...»

Y esto lo repiten todos.
¿Quién, pues, es malo entre tantos?
Ninguno: ¡eso es natural!...
serán diablos... en plural,
en singular... todos santos.
¿Que alguno trastadas ha hecho ?
Pues... otro ha sido el culpable.
Y el niño... ¡tan adorable!
y el padre... ¡tan satisfecho!
Que no es tan fácil ver
grandes, las faltas ajenas
como el creer que son buenas
las que hemos de cometer.
Si esto se llega a decir
hay quien se llega a enfadar...;
así es que... ¡nada, a callar
que alguno me va a reñir!

ESCENA XI

ROQUE y SIMON.

Roque ¿Qué hay, Simón?
Simón ¡Hola perdido!
Roque ¿Dónde estabas, calavera?
Simón Chico, de buena has librado.

Roque ¿Que me he librado de buena?
Simón Figúrate que tu padre
ha hallado una papeleta
de empeño, y se la ha enseñado
al mío.
Roque ¿Y hubo tormenta?
Simón Nublado sólo.
Roque No es mucho;
como a mí.
Simón ¿A tí?
Roque ¡Bueno fuera
Que yo escapase sin algo!
Tu padre encontró una cuenta
de un pico que me pedían
y fué con la cantinela
donde el mío.
Simón ¿Y te riñeron?
Roque No fué cosa.
Simón Se celebra.
Roque Igualmente. Tú ya sabes:
(*Se dan la mano.*)
si es que te preguntan, niega
No se te vaya a escapar
el decir que tengo deudas
en cien sitios. Si lo saben
van a enfadarse.

Simón. No temas.
Y tú no digas tampoco
que yo tengo una docena
de cosas en *Peñaranda.*

Roque No hay cuidado que sepa
por mí. Pero, ¿ya has llevado
tantas?

Simón Mira: dos chaquetas,
un reloj, cuatro cubiertos,
cinco libros, dos carteras,
una capa, un alfiler,
unos calzones, etcétera.

Roque Veo que eres una urraca.

Simón Tú un sablista de primera.

Roque Pronto se romperá el sable.

Simón ¿Qué dices?

Roque ¡Ay si supieras
la que nos amenaza!

Simón ¿También a mí?

Roque Sí; por fuerza.

Simón Me estás intranquilizando;
sácame de esta impaciencia,
que temo algún terremoto
numismático, y pudiera
hundirse el crédito; dime,
¿de qué se trata?

Roque De guerra.
Simón ¿Hay revolución?
Roque No es eso;
es una invasión inglesa
que se nos va a echar encima.
Simón ¿Qué dices? ¡Por Santa Tecla,
no me tengas impaciente!
Explícate...
Roque ¿Tú te acuerdas
de Agapito?
Simón ¿De Agapito?
Yo no...
Roque Pues mira, él conserva
recuerdo imperecedero
de aquellas veinte pesetas
que me entregaron prestadas...
Simón ¡Ah, caramba! ¿y de las treinta
que me prestaron a mí?
Roque Sí, hijo, sí, también se acuerda.
Simón ¡Qué memorión! No me explico
que ese hombre no haga carrera.
Roque Pues no la hace: está encargado
de ir para cobrar las cuentas
a las casas. Un comercio
todos los días le suelta,
para que vaya cobrando,

y él, como un perro de presa,
por ganarse unos ochavos,
va de la Ceca a la Meca
siempre enseñando los dientes.

Simón Aquí no vendrá.

Roque Pues esa
es la cuestión; que le he visto,
y me ha dicho que no espera
ya más tiempo; que, o pagamos
o viene aquí...

Simón ¡Zapateta!

Roque Y entera...

Simón Ese hombre es un mostruo,
le tiro por la escalera.
¡Vaya, hombre! ¿Por quién nos toma?
No; yo no le abro la puerta.

Roque Lo que es eso, yo tampoco.

Simón ¡Por vida de!... Pues si fueran
todos los acreedores
a venir... ya es impaciencia.
Total, hará quince meses
lo más que existe la deuda.

Roque ¿Cómo salir del apuro?

Simón ¡Dios nos la depare buena!
Hay que pensarlo...

Roque Pensarlo...

Simón Algo que inventar.
Roque Se inventa...
Simón No se paga.
Roque No se paga.
Simón Se le pega.
Roque Se le pega.
Simón Se le... le... ¿Pero es posible?
¡Habráse visto exigencia!
¡Pedir lo que le debemos!
¡Que indignidad!
Roque ¡Qué bajeza!
Simón ¡Qué ignominia!
Roque ¡Qué perfidia!
Simón ¡Qué iniquidad!
Roque ¡Qué indecencia!
Simón ¡Qué burla!
Roque ¡Qué atrevimiento!
Simón ¡Qué canalla!
Roque ¡Qué ofensa!
Simón ¡Ese hombre no tiene entrañas!
Roque ¡No tiene delicadeza!
Simón ¡Ni educación!
Roque ¡Ni cultura!
Simón ¡Ni pundonor!
Roque ¡Ni decencia!
Simón ¡Ni dignidad!

Roque ¡Ni dinero!
Simón ¡Ni hidalguía!
Roque ¡Ni vergüenza!
Simón ¡Es un cobarde!
Roque ¡Un imbécil!
Simón ¡Un atrevido!
Roque ¡Un babieca!
Simón ¡Un bellaco!
Roque ¡Un majadero!
Simón ¡Un criminal!
Roque ¡Una fiera!
Simón ¡Un zulú!
Roque ¡Un rinoceronte!

(*Suena la campanilla y los dos se agarran uno a otro y empiezan a temblar.*)

Simón ¡Ay!
Roque Han llamado a la puerta.
Simón ¿Si será él?
Roque ¡Ay, Santa Rita!
Simón ¿Si será él?
Roque ¡Ay, Santa Andrea!
Simón ¡Por los Santos Inocentes!
Roque ¿Hay abogado de deudas?
Simón Hay... hay... san... san... san... ninguno
No hay ninguno que yo sepa.

San Martín dió media capa.

Roque Si nos diese cuatrocientas,
se vendían...

Simón Se vendían...

Roque Sí, sí, venderlas, venderlas.
Y yo entretanto... me marcho...
Y tú entretanto... te quedas...
Porque le he dicho a mi padre
que iba a estudiar, y en la mesa
va a hallar, si es que entra en mi cuar-
todo el tabaco, y se entera [to,
que es ahora el hacer pitillos
mi dulce y grata tarea.

ESCENA XII

SIMON y un CRIADO

Simón El conflicto, bien se ve,
que es muy duro de pelar.
Es necesario pagar
y yo no tengo con qué.
¡Mundo peor arreglado!...
¡Vaya un modo de vivir!...
¿Por qué se me ha de pedir
lo que tengo ya gastado?

Si me hiciese la merced
de esperar un mes entero...

Criado Señorito: un caballero
desea hablar con usted.

Simón Di que acabo de marcharme,
que no estoy, que me he perdido...
Dile... (*Vase el criado.*)

ESCENA XIII

DON AGAPITO y SIMON

D. Agap. (*Aparece ridículamente vestido*).
No soy de cumplido,
no hay para qué presentarme.

Simón (Maldita sea tu estampa).
Diga usted: ¿quién le ha mandado
entrar?

D. Agap. ¡Ah, señor, si he entrado!
yo le pido a usted...

Simón (Ya escampa.)

D. Agap. Perdón por mi atrevimiento;
pero el caso es tan urgente,
que era quedarme al relente
exponer antes mi intento.
Por eso me he decidido

a entrar, a precipitarme,
usted sabrá dispensarme,
y ahora diré a qué he venido.
Usted debe recordar
de un dinero adelantado
que...

Simón Yo estoy muy ocupado,
tengo mucho que estudiar;
vuelva usted...

D. Agap. Con mucha pena
que recuerde usted, repito,
que yo soy don Agapito.

Simón ¿Si? pues... sea enhorabuena.

D. Agap. Usted es hombre de honor,
usted es hombre formal,
no deje a su padre mal,
págueme usted.

Simón (*Con altanería.*) Sí, señor,
sí, señor; le pagaré.
Estoy a ello decidido.
Váyase usted convencido.
(Le va empujando por la espalda.)

D. Agap. ¿Que me vaya?... ¿Para qué?
No me voy.

Simón Para esperar
hasta que yo haga balance...

D. Agap. Sería curioso el lance.
Quiá, tiene usted que pagar.
Simón Pero si ese es mi intento.
No olvido ese compromiso...
D. Agap. Entanto, con su permiso
yo voy a tomar asiento. *(Se sienta.)*
Simón ¡Habrá una frescura igual!
Por mi fe de caballero
le juro...
D. Agap. Venga el dinero.
Simón (Uff, ¡qué hombre más animal!)
No dude, nobleza obliga,
y yo, que soy muy mirado,
cuando he debido, he pagado.
D. Agap. ¿Si? Basta que usted lo diga.
Simón ¿Pero no ve, criatura,
que si le encuentran aquí
van?...
D. Agap. Qué se me importa a mí
que me encuentren.
Simón ¡Qué locura!
Mi padre debe llegar. (*Va a la puerta.*)
Obre usted con disimulo...
(*Vuelve rápidamente y agarra del cuello a D. Agapito; luego le suelta.*)
Porque si no... lo estrangulo.

D. Agap. ¡Ay!... ¡si me irá a estrangular!

ESCENA XIV

SIMON, D. AGAPITO Y D. ZENON.

D. Zen. ¿Qué haces Simón?
Simón Aquí hablando
estoy, un poco tiempo hace.
D. Zen. ¿Quién es este caballero?...
D. Agap. Yo soy...
Simón (*Interrumpiéndole.*)
Un pintor notable
que ha venido a ver el cuadro
que he terminado.
D. Zen. ¡Ah, carape!
¿Conque es usted un artista?
D. Agap. (¡Yo artista, cómo está el arte!)
Yo soy...
Simón (*Interumpiéndole.*)
Es un buen amigo
que en mucho puede ayudarme.
D. Zen. Vaya, hombre, ¡cuánto me alegro!
¡Ya lo creo que me place!
¿Conque usted es un discípulo
de Murillo y de Velázquez,
de Goya, del gran Tiziano,

y del divino Morales;
de Rubens, de Españoleto,
de?...

D. Agap. Yo no soy estudiante;
yo soy...

Simón. Un pintor de fama.

D. Zen. Sí, ya lo ha dicho usted antes,
y lo celebro. Mi hijo
es aún un principiante,
pero se da mucha maña.
Ya verá usted los paisajes,
bodegones y marinas
que tiene. Son muy notables
los cuadritos de batallas;
pero los más admirables
son los que tienen bandidos
y también los de animales,
bien salvajes o domésticos...
Si quiere que le retrate...

D. Agap. Gracias.

D. Zen. El lo hará con gusto,
que también retratar sabe.

D. Agap. Hombre, lo que yo quería
es que...

Simón Vamos a enseñárseles.

D. Zen. Sí, sí; aquí se los traeremos

que hay buena luz. Son bastantes,
pero los traeremos todos.
Vamos, vamos a buscarles;
siéntese, no tardaremos,
espere usted un instante
(*Vanse don Simón y Zenón.*)

ESCENA XV

D. AGAPITO

¿Por quién demonios me toman?
¿Si se propondrán burlarse
de mí? ¿Se habrán figurado
que soy algún badulaque?...
Pues es pesada la broma.
No, pues como no me paguen,
ellos verán lo que ocurre,
que yo no he venido en balde
ni a servirles de juguete.
Si tratan de engatusarme
enseñándome un museo
de cuadros o antigüedades,
verán quién es Agapito.
Ya verán esos tunantes,
vaya, y encima se enfadan...
¡Si yo creí que iba a ahogarme!

Tiene las manos más duras
que tenazas, ¡es lo grande!
Tardan en pagar, y encima
se enfadan. ¿Quieren mofarse?

ESCENA XVI

D. AGAPITO Y ROQUE

Roque (*Se asoma y empieza a llamar a Simón en voz baja*)
Simón...

D. Agap. ¿Sí?... pues se equivocan.

Roque Simón...

D. Agap. ¿Eh? (*Volviéndose de repente.*)

Roque Que... ¡diantre, diantre!
¡Don Agapito, el miura!

D. Agap. (*Levantándose.*)
Señorito, aguarde, aguarde:
oígame...

Roque (*Tratando de huir.*)
He quedado sordo.

D. Agap. Ya que el otro no me pague,
usted lo hará.
(*Le agarra de la americana.*)

Roque Suelte, suelte.

D. Agap. ¡Quiá! No quiero que se escape.

Roque Que me rompe la chaqueta,
y es nueva.
D. Agap. Pues no se marche.
Roque Suelte usted, o pido auxilio,
D. Agap. Lo que es *pedir* bien lo sabe;
el *pagar* es lo difícil.
Pero, o paga o...
Roque (¡Qué salvaje!)
Por favor, que no se entere
mi papá...
D. Agap. Si lo importante
es que sepa...
Roque ¡Oh! yo le ruego
que no sea inexorable.
Yo le prometo pagar.
Sí, señor; pagar cuanto antes.
Y usted, que es hombre tan digno,
no ha de querer obligarme
tan pronto... Usted, que es un bello
sujeto, que es tan amable,
tan correcto y delicado,
en fin, casi, casi un ángel,
por unas viles pesetas
que tardan en presentarse
más de lo justo, ¿sería
capaz de ir y denunciarme,

sabienbo que están seguras
y pronto he de pagarle?
No lo creo, no es posible,
sería eso inexplicable
en usted, tan caballero,
y tan fino y tan galante,
¡Ah, señor don Agapito,
sólo usted puede salvarme!
¿Le debo veinte pesetas?
Pues... tome este par de reales.
(*Se los da.*)
Y los demás... ¡ay!, ya viene.
(*Mirando hacia la puerta.*)
No me acuse, ¡calle!, ¡calle!

ESCENA XVII

Dichos y D. SENEN.

D. Sen. ¿Qué haces, Roque?
Roque (*A don Agapito.*) No le cuente
usted nada. Aquí estoy, padre,
con este buen caballero
que ha venido a visitarme
para... para... (¿Qué le digo?)
D. Sen. Muy buenas.
D. Agap. Muy buenas tardes.

D. Sen. Conque usted es...
D. Agap. Soy...
Roque (*Interrumpiéndole.*) Un músico.
Es un músico admirable.
D. Agap. (Yo sí que me admiro.)
Roque Vino
porque quería escucharme
tocar...
D. Sen. ¡Cuánto lo celebro!
D. Agap. (La cosa es de celebrarse.)
D. Sen. ¿Con que usted sigue la senda
de Beethoven y de Wágner,
de Mozart, Gounod y Verdi?
D. Agap. (Pero cuantas amistades
tienen.)
D. Sen. ¿Es un filarmónico?
D. Agap. (No, pues si vuelve a insultarme,
desembucho.) Caballero...
Soy...
Roque (*Interrumpiéndole.*)
Un verdadero amante
de la música.
D. Sen. Me alegro
que podamos escucharle.
Roque tiene buen oído;
todo cuanto oye, al instante

lo saca en el acordeón.
Nada, yo voy a sacarle
y así le oímos a usted.

D. Agap. Pero...

D. Sen. No hay que disculparse.

D. Agap. Pero...

D. Sen. Modestia, Modestia,
si ya sabemos que vale... (*Vase.*)

ESCENA XVIII

ROQUE y D. AGAPITO

D. Agap. ¿Se cree usted que he venido
a tocar el acordeón?

Roque ¡Por Dios, tenga compasión,
porque si no, estoy perdido!
Toque usted.

D. Agap. ¿Qué he de tocar
si de ello no entiendo jota?

Roque ¿Jota no?... pues la Gavota,
lo justo para pasar.

D. Agap. Yo no haré ese disparate.
Confesaré...

Roque ¡Qué locura!

D. Agap. ¿Pero no ve, criatura,
que yo no...?

Roque No me delate.
En la primera ocasión
yo le prometo pagar,
pero no se han de enterar.

ESCENA XIX

Dichos, D. ZENON y SIMON.

(Don Zenón y su hijo entran con un montón de cuadros.)

D. Zen. Aquí está la exposición.
Roque ¡Ay! ¿qué es esto?
D. Zen. Hemos buscado
todo lo más principal.
Diga usted lo que está mal,
usted que es hombre ilustrado.
(*Colocan, un cuadro sobre la silla y se ponen a verlo. Roque y Simón, algo apartados, figuran hablar entre sí.*)
D. Agap. Pero...
D. Zen. Mire qué paisaje.
¡Qué color, qué entonación,
qué cielo!, ¿eh?
D. Agap. ¡Qué ciclón!
D. Zen ¡Qué celaje!
D. Agap. ¡Oh, qué celaje!

D. Zen. ¿Eh? ¡Qué artista!
D. Agap. ¿Es un pollino?...
D. Zen ¿Qué?
D. Agap. Lo de aquí... (*Señalando al cuadro.)*
D. Zen. No, señor.
D. Agap. ¿Qué es entonces?
D. Zen. Una flor
a la orilla de un camino.
¿No está bien?
D. Agap. Pero esto sucio
que asoma aquí, a la derecha...
Simón Es flor...
D. Agap. *(Con mucha exageración.)*
¡Está muy bien hecha!
(Pero creí que era un rucio.)
Se ve que tiene afición
y una gran habilidad;
es la notabilidad
mayor que hay en la nación.
Esta parte es muy bonita.
Esa casita tan vieja...
que se ve...
Simón ¡Si es una oveja!
D. Agap. Eso es, que se va a casita.
D. Zen. ¿Y los verdes?

D. Agap. ¡Superiores!
D. Zen. ¿Los árboles?
D. Agap. ¡Colosales!
D. Zen. ¿Los rios?
D. Agap. ¡Monumentales!
D. Zen. ¿Los prados?
D. Agap. ¡Encantadores!
D. Zen. ¿Y el cielo?
D. Agap. *(Con ampulosidad.)* Una monería
La luna, hermoso farol...
Simón ¡Si no es la luna; es el sol!
D. Agap. Eso es, la luna del día.
D. Zen. Más ya no es posible que haga.
Roque *(A Simón.)* Chico, yo estoy en un
D. Zen. ¿Verdad que el niño promete? [brete.
D. Agap. Promete... (Pero no paga.)
D. Zen. Verá usted la colección.
Simón *(A Roque.)* Todo se va a descubrir.
D. Zen. Si usted quiere corregir
algo...

ESCENA ULTIMA

Dichos y D. SENEN, que entra con el acordeón

D. Sen. Aquí está el acordeón,
D. Zen. Pero...
D. Sen. Toque *(A don Agapito.)*

D. Agap. ¡San Remigio
me valga!

D. Sen. Estoy impaciente
porque el músico excelente
toque...

D. Zen. ¡Este hombre es un prodigio!

Roque ¡Simón!...

Simón ¡Roque!...

D. Sen. Una habanera,

D. Agap. Pero, hombre, si yo no soy...
Si me permiten, me voy.

Roque }
Simón } ¡Sí!...

D. Sen. De ninguna manera.
Antes le hemos de escuchar.
(Le da el acordeón.)

D. Zen. Sí, sí, sí.

Roque (¡Cuántos sudores!)

D. Sen. Venga ya.

D. Agap. Pero, señores...

D. Zen. Venga...

D. Agap. ¡Si no sé tocar!

D. Sen. ¿Qué? No diga esa bobada.

D. Agap. Si no sé

D. Sen. ¡No ha de saber!

D. Agap. Me lo puede usted creer:

yo aquí ya no toco nada.
D. Zen. Solo pinta.
D. Agap. ¡Quiá, tampoco!
D. Zen. ¿Qué es lo que está usted diciendo?
D. Agap. Ni lo uno ni lo otro entiendo.
D. Zen. Este hombre se ha vuelto loco.
Simón *(A Roque.)*
¡Ay, Roque, San Pitopato
nos valga!
Roque ¿Qué hacer, Simón?
D. Sen. ¿Qué, no toca?
D. Agap. El violón
estoy tocando hace un rato.
D. Sen. Entonces, ¿a qué ha venido?
D. Agap. Pues he venido a cobrar...
Simón *(A don Agapito, interrumpiéndole.)*
¿No se iba usted a marchar?
D. Agap. Sí; pero ahora he decidido
cobrar antes el dinero
que me deben.
Roque ¡Qué locura!
D. Sen. ¿Qué dice usted, criatura?
D. Zen. ¿Qué dice usted, caballero?
D. Agap. Que me paguen y al punto huyo.
D. Zen. ¿Qué dice?

D. Sen. (*A don Zenón*). ¡Ah; ya me lo explico!
serán cosas de tu chico.
D. Zen. ¡Quiá! Del mío no, del tuyo.
D. Sen. *(A don Agapito).*
¿Verdad que ha sido Simón?
D. Zen. ¿Verdad que no, que fué Roque?
(Tanto don Zenón como don Senén zarandean a don Agapito, llevándole de un lado a otro cuando le preguntan.)
D. Agap. Caballeros, no les choque;
yo tengo la obligación...
D. Zen. Diga usted, diga quién fué.
Roque ¡Simón, de ésta no salimos!
Simón ¡Roque, Roque, nos partimos!
D. Sen. Dígalo usted.
D. Agap. Lo diré.
D. Zen. ¿Es Roque?
D. Sen. ¿Verdad que no?
D. Agap Señores, me hacen hablar
y yo no debo callar.
Son... los dos.
D. Zen. ¡Oh!
D. Sen. ¡Oh!
Roque ¡Oh!
D. Zen. ¿Qué es lo que oigo?

D. Sen. ¿Estoy soñando?
D. Zen. ¡Simón!
D. Sen. ¡Roque!
Roque (*Se arrodilla.*) Me arrepiento.
D. Sen. ¿Luego es verdad?
Simón (*Se arrodilla delante de su padre.*)
Yo lo siento...
D. Agap. Ellos se irán enmendando.
D. Zen. ¡Simón dinero pedir!...
D. Sen. ¡Deber Roque y no pagar!...
D. Zen. ¡Quién lo había de pensar...!
D. Sen. ¡Quién lo había de decir!...
D. Zen. ¡Es atroz!
D. Sen. ¡Es increíble!
D. Zen. ¡Es horrendo!
D. Sen. ¡Quién creyera...
que Roque!...
D. Zen. ¡Que Simón fuera!...
D. Sen. ¿Pero es posible?
D. Zen. ¿Es posible?
Roque Perdón...
Simón Perdón por favor...
D. Agap. No volverán a obrar mal.
A su edad es natural...
Si uno es malo..., otro peor.
Los padres no suelen ver

porque la pasión les ciega,
y hasta que este caso llega
no se quieren convencer.
Sí, bien lo comprendo yo.
Siempre a su hijo creen bueno,
«Ven la paja en ojo ajeno;
la viga en el propio, no».
Y, en fin, no os acrimino,
a vuestros hijos mimad;
pero... tened caridad
con el hijo del vecino.
Y esta caridad se extienda
hasta el pobre desgraciado
que sin padres ha quedado,
sin tener quien le defienda.
Y ahora... justo es perdonar,
no es ocasión de reñir.
Yo cobraré... y a vivir
y pelillos a la mar.
Y para alegrón mayor
espero de estos señores (*Al público*)
aplaudan a los actores
y perdonen al autor.
(*Don Senén y don Zenón quedarán uno en cada extremo de la escena, cruzados de brazos y con*

la cabeza baja. Roque y Simón, cada uno al lado de su padre y en actitud suplicante. En el centro don Agapito, que se adelantará hacia el público para decir los tres últimos versos.) (Telón.)

FIN DEL JUGUETE



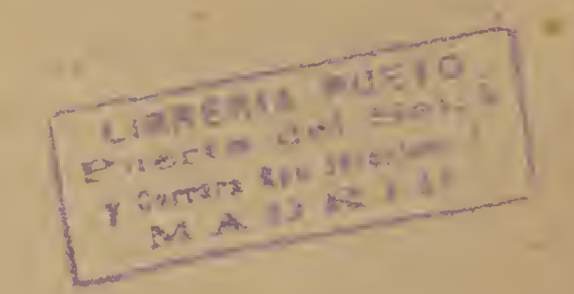
Obras patrióticas:

Número	TITULOS	Personajes
113	La tienda del Rey don Sancho	4

Colección de poesías y cuadritos religioso-patrióticos de actualidad palpitante.

Comedias, Sainetes y Entremeses:

Número	TITULOS	Personajes
17	Los apuros de un fotógráfo.	8
19	Príncipe a la fuerza. . .	6
23	Consultas ridículas . . .	9
29	El terrible Homobono. .	11
33	El miedo ridículo. . . .	4
141	Roncar despierto. . . .	5


3 0112 098522094

LIBRERIA PUEYO
MADRID